



TEATRO DE LA PARRA, PRESENTE

Luisa Ulbarri

Seis años demoró Marco Antonio de la Parra —32, siquiatra, canonizado en 1978 como el dramaturgo de la década— en sacar un nuevo as bajo la manga. Y se trata de un as más doloroso, más teñido de vida, de sangre, de historia y linfa quizás que sus anteriores Mata-tangos y Lo crudo, lo cocido y lo podrido. Porque, aunque prevalezca aquí mucho el show, el circo y el vaudeville —amén del ritmo y del divertimento intelectual de sus anteriores creaciones—, es otro el sabor amargo que recorre de punta a rabo esta Secreta Obscenidad de cada día, que repleta de bote en bote el Camilo Henríquez los weekends.

Consiste en una autopsia corrosiva al descalabro y la "mugre" de una época: ésta. Usando un teatro mínimo de dos actores, luz plana, foco rígido, *pas de deux* de acción y palabra. De la Parra muestra literalmente sus canillas escorizándose fantasmas que lo han rondado estos años, como el autoritarismo, la corrupción, la desconfianza, el miedo, la intransigencia, el dogmatismo, la tortura. Para ello se viste de Freud y Marx, de voyeur, de agente secreto, de víctima, de victimario, de analista sesudo y charlatán de feria. La obra dispara de aquí para allá y no se casa con nadie. Por eso tal vez gusta. Y molesta.

Si lo hace bien o mal, es un juicio que reservamos para una ocasión posterior. El asunto es que en este poca culpa. De la Parra reconoce estar entregando la más nítida, honesta y responsable de sus creaciones dramáticas. Y, por lo que se ve, también la que más ama. Con APSI conversó en su temperado consultorio-confesionario de Padre Mariano, en una entrevista que a ratos pudo ser desencuentro y controversia, pero en la que en ningún momento el siquiatra-escritor se demostró descolocado, o con un éptico de duda sobre su última pizca. Incluso más: cuando le comentamos la opinión de un espectador ("uno va al siquiatra y paga; ¿es justo pagar para ver al propio siquiatra autoanalizándose?"), su respuesta fue una sonrisa. Y se veía sincero. Harto receptivo, además.

Has hablado, has explicado mucho esta obra. Como que da la impresión de que tienes que no quede clara por



sí sola. ¿A qué se debe esto?

Para mí, esta es una experiencia muy importante. Después de un largo silencio, tuve que hacerme cargo de los roles de autor, actor, director: del concepto de "teatro solitario", que es muy mío y me gusta mucho, donde priman los gestos, la acción de la no acción, una escenografía cicada, luz directa. La verdad es que me sentí muy responsable, quise que fuera una obra lo más honesta posible. Con *Lo crudo...*, tuve la sensación de que había allí un teatro gratuitamente hermético. Pero vivimos otro tiempo: se necesita decir las cosas más claras, con menos ambigüedad, con un sentido central más público...

¿Y cuál es éste, a tu juicio?

Es la perversión de la época. Los hijos que todos somos de este régimen. Yo no hago una obra sólo sobre la tortura; ésta es una parte. Hablo de unos tipos vacíos, de gente

en la que nos podemos transformar: perversos, vacíos, siniestros, terroristas, enemigos, sometidos al juego del "nadie sabe para quién trabaja" y un poco cómplices de todo. En el fondo hablo de la cultura de un régimen que engendra la culpa, el pecado, la redención, la reconciliación.

Está bien. No es la tortura el hilo central, pero recorre la obra de comienzo a fin. Entonces, ¿qué pitos tocan Freud y Marx? ¿Por qué escurrirse en una simbología intelectual, si quieres sofisticada, para mostrar lo feo, lo sucio, lo malo: lo que te duele al fin y al cabo?

Ellos son los alias. Alias Marx y Freud. Eran símbolos transgresores. Pudieron ser otras "mascaras" como Don Francisco y Michael Jackson. Pero son más fantasmas. Me sirvieron para mi enfrentamiento entre posiciones colectivistas utópicas, rígidas a veces, y las individualistas harto neuróticas de Freud.

¿Podrían ser dos mitades tuyas tratando de juntarse...?

Por cierto, y con harto dolor. Así como dos mitades de la sociedad. Yo tomo el lado vital de Marx y la neurótica de Freud. Mira, la obra es violenta, tiene chistes y un lote de cosas tiernas. Los dos tipos esos, que pueden ser Marx y Freud, que pueden ser exhibicionistas, locos, unos miserables de mierda, me producen mucha pena, porque, ¿qué posibilidad de reconciliación habrá entre personas que sufrieron o ejercieron la tortura?

Te muestras quizás demasiado compasivo frente al torturador...

Tal vez sea el ideario humanista que hay detrás. Yo no culpo al torturador sino a la locura de un sistema que lo cobija. Me da pena lo marcado que está. La perversión llega a un grado irreparable. Claro, hay atisbos de esperanza. Pero, ¿de qué servirá reconciliarse? Yo tengo una sensación ambigua de fe en el hombre, pero me cuesta creer en este hombre. Me complica que la ira y la violencia sean el camino que los une.

¿Por qué es la secreta obscenidad...?

La obscenidad, decía Lawrence, es lo que está fuera de escena, lo que no se ve pero se sugiere, lo que ocurre en el más allá de esos tipos o adentro de su impermeable, depende de cómo lo mires.

En tu obra siempre hay un salto constante entre el discurso intelectual cifrado y el chiste de grueso calibre,

De la Parra, presente [entrevista] [artículo] : Luisa Ulibarri.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Ulibarri, Luisa

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De la Parra, presente [entrevista] [artículo] : Luisa Ulibarri.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile